

Editorial

‘Publica o perecerás’ es una famosa sentencia que resume el compromiso del investigador con la comunidad científica y la humanidad. A nivel individual, el investigador que no hace públicos sus trabajos de investigación, está privándose a sí mismo de la oportunidad de hacer carrera científica y de contribuir al conocimiento y comprensión del mundo desde su área de especialización. El científico que no publica no se puede llamar científico, porque la ciencia asume la revisión por pares del trabajo de los investigadores, lo cual es posible únicamente a través de la difusión de los resultados de una investigación por medio de publicaciones impresas o electrónicas o por cualquier otro medio mecánico o digital; también, pero en menor grado, a través de conferencias, simposios, coloquios, etc. Estos últimos, aunque importantes, tienen un valor secundario por el número reducido de personas que se benefician de estas presentaciones. Perecer, entonces, en el mundo científico, significa que nuestro trabajo sea desconocido por nuestros colegas y por el mundo, por lo tanto que nosotros no existamos para la ciencia y que no podamos hacer carrera científica.

A nivel general, la no publicación de los resultados de un trabajo de investigación tiene severas consecuencias en el mundo científico. En primer lugar quiero hacer notar que en un país como el nuestro en el que la inversión en investigación y desarrollo (I+D) es mínima, no publicar los resultados de nuestras investigaciones es casi un “crimen académico”; es decir, si un investigador recibe financiamiento para desarrollar algún proyecto de I+D, pero al final de su proyecto no reporta sus resultados a la comunidad académica, es como haber tirado el dinero, el tiempo y el esfuerzo de las instituciones y los investigadores a la basura. En un país tan pobre como El Salvador, no nos podemos dar el lujo de malgastar el dinero en proyectos fantasma o proyectos que sólo sirven para satisfacer la curiosidad de un individuo. Además, corremos el riesgo de que si nunca damos a conocer los resultados de nuestras investigaciones, otros investigadores podrían repetir el mismo proyecto, malgastando aún más el dinero, tiempo y esfuerzo de los investigadores e impidiendo que esa inversión se haga en proyectos novedosos. El impacto más grande, sin embargo, es negarle a la comunidad científica el conocimiento generado como producto de un proyecto. Por ejemplo, un investigador que pasa cinco años trabajando en un mismo proyecto, pero nunca publica sus descubrimientos, cuyos resultados podrían contribuir a la solución de problemas científicos, grandes o pequeños, está violando un principio básico de la ciencia: el conocimiento científico es universal y debe someterse a constante verificación. En el caso extremo, si un investigador nunca ha hecho público su trabajo y muere, por cualquier razón, se lleva consigo, y para siempre, todo el conocimiento ganado a través de sus investigaciones, privando a la comunidad científica de ese aporte.

Aunque en todo el mundo hay investigadores que nunca publican, las universidades del llamado ‘primer mundo’ cuentan con sistemas escalafonarios que prácticamente obligan al profesorado a investigar y a publicar. El profesor que no publica, nunca obtiene titularidad, la cual consiste en ser nombrado profesor de la universidad en forma indefinida. Los profesores que no tienen titularidad pueden ser despedidos. He aquí el origen de la sentencia con la que inicié este editorial: “publica o perecerás”, que traducido al lenguaje del mundo laboral podría significar algo así como “si no publicas, serás despedido o no serás promovido”.

En el mundo al que pertenece El Salvador, el ‘tercero’, las universidades no premian la labor investigativa de sus profesores ni su producción científica. La titularidad se obtiene, en las universidades públicas, automáticamente al ser contratado, y en las privadas, nunca. El concepto no existe. Por lo tanto, tampoco aplica la sentencia “publica o perecerás” en el sentido metafórico de ser despedido o promovido. Entonces, el incentivo de la titularidad de los profesores que trabajan en las universidades del primer mundo no existe para nuestros profesores. Además, el sistema universitario salvadoreño nunca ha tenido una tradición de investigar y publicar, por lo que nuestros profesores no han estado expuestos a una cultura investigativa y de publicación. El énfasis siempre ha sido la docencia universitaria, lo cual es lógico si nuestras universidades son centros de enseñanza y no centros de investigación.

El problema de nuestros profesores por el cual no escriben, además de la falta de estímulo escalafonario, es la falta de una cultura académica que promueva ese tipo de actividad. La escritura y la lectura crítica no la fomentan ni en la educación primaria ni en la secundaria ni en la terciaria. Además, se nos inculca una devoción científica al norte, una especie de malinchismo académico. La ya escasa producción académica de nuestro país es rara vez tomada en cuenta por otros investigadores nacionales. Como editor de esta revista, en pocas ocasiones reviso un artículo que contenga citas de autores nacionales; y si las tienen, son generalmente citas de autores ya clásicos de generaciones pasadas (en las áreas de Ciencias Sociales y Humanidades) y no de los investigadores actuales.

Como no se desarrolla durante la formación académica el hábito de la lectura y la escritura, la mayoría de profesores tienen temor a escribir porque asumen, con sobrada razón, que no van a escribir bien. Esto es cierto y personalmente he tenido que devolver artículos enviados para publicación en Científica a los autores para que los reescriban. Pero esto es natural y es la única forma de aprender a escribir. Es decir, hay que escribir, equivocarse y aprender de los errores. Ningún científico comenzó su carrera escribiendo artículos clarísimos. Todos los que nos hemos atrevido a escribir, hemos comenzado cometiendo innumerables errores. Aún recuerdo cuando al comienzo de mi carrera de lingüista en la Universidad de Arizona, la profesora Susan Steel me devolvió un artículo que había entregado y del cual me sentía muy orgulloso porque había hecho una investigación bibliográfica exhaustiva y tenía una hipótesis interesante. Mi sorpresa fue ver la cantidad de tinta roja que tenía con todos los comentarios de la profesora. Me dijo, más o menos, lo siguiente: “Este artículo está bien escrito pero no dice nada nuevo. Veo que puedes escribir hipótesis, pero no has contestado la pregunta ¿Por qué? Revisalo y me lo traes de nuevo.” Después de revisar sus comentarios me di cuenta que tenía toda la razón y reescribí el artículo completamente. Ahora, después de más de 20 años de esa experiencia, y después de haber publicado más de 30 artículos, libros, capítulos en libros, reseñas, editoriales, etc., todavía me hago la misma pregunta cuando reviso mi trabajo, “¿Qué dice de nuevo este artículo? y ¿Por qué digo lo que digo?”

La única forma de no perecer en el mundo académico es investigar, escribir, discutir con pares y publicar. En este proceso hay que equivocarse muchas veces, no enamorarse mucho de las ideas propias y aceptar la crítica. Cada comentario de nuestros colegas o editores sobre nuestro trabajo es un regalo que nos hacen para mejorarlo. Debemos, aunque en el país la metáfora de “publicar o perecer” no sea tan real, escribir lo más que podamos y publicar en revistas académicas nacionales e internacionales nuestros trabajos. Si no, no hablemos de investigación, sólo de docencia, pero siempre teniendo en mente que estamos formando nuevos profesionales en quienes queremos desarrollar la cultura de la investigación y la publicación. Estoy seguro que nuestras universidades, públicas y privadas, si quieren ser competitivas en un mundo globalizado, deberán comenzar a invertir más en la investigación y a apoyar y reconocer más a los investigadores. Desde mi trinchera, no dejaré que este sueño perezca.